

# FILOSOFÍA DEL ÁNFORA

Pablo Galindo Arlés, 1 de diciembre de 2014

Esbelta en la forma, funcional en el diseño. Así es el ánfora griega. Belleza y racionalidad, los dos pies que alzan como una acrópolis a la Grecia clásica. El clasicismo será siempre un ideal de perfección. La obra bien hecha, como decía D'Ors.

Una vasija de vulgar barro encierra un tesoro divino. El vino o el aceite son sustancias consagradas. Baco y Minerva nos exigen que ni una sola gota se derrame. Solamente una civilización decadente puede entronizar como principio el despilfarro. El progreso significa conservación, suma de esfuerzos, tradición, historia, costumbres, jurisprudencia. En una pintura griega se ve representada una crátera con dos hombres litigando ante el juez por la rotura - ¿violenta? ¿fortuita? - de un ánfora.

Veamos ahora, con una mirada llena de amor intelectual, ese objeto que nos ha legado nuestro pasado. El ánfora no tiene apenas base, ningún punto de apoyo la sostiene. El niño que comienza a caminar se cree con fuerzas suficientes para atravesar la sala. Y, por ello, se cae. Aspira a demasiado. De ahí que los hombres, criaturas mimadas de Dios, hechas a su imagen y semejanza, sean también los animales más indefensos que ha creado la naturaleza. El hijo necesita al padre para llegar a su vez al goce de la paternidad. Y cuando crecemos olvidamos a nuestros ancestros, esos gigantes que nos sostienen y aúpan en el aire como si fuésemos enanos, es decir, como a niños que no ven la cabalgata de los reyes. Y, claro está, nos caemos, lloramos, volvemos a ser nuevamente seres infantiles, narcisistas, egocéntricos.

El ánfora, como un recién nacido dependiente, necesita un apoyo externo. Es decir, un trípode o una tabla horizontal de madera donde convenientemente se ha realizado un hueco circular para encajarla. Y de esa forma tan magistral los antiguos griegos nos enseñan que la seguridad absoluta exige como corolario matemático la máxima debilidad. Para no caer, el hombre necesita la andadera de Dios. El humanismo clásico nos conduce a la divinidad. El mundo, decía Heráclito, está lleno de dioses. La misma palabra "entusiasmo" contiene en su vientre a "Deus", "theo", "Zeus". Poseídos por Dios.

Pero sigamos en nuestra visión de esa vasija o recipiente de sabiduría que hemos llamado ánfora. Desde la mínima, inútil o falaz base de su argumento, la ánfora amplía su diámetro formando una curva que inflexiona en un cuello largo y estrecho, como una garza. Aunque situemos en la tierra, horizontalmente la vasija, hemos creado un plano inclinado que impide la caída de cualquier gota de la preciada mercancía. Y ello sin hacer uso de un tapón, última válvula de seguridad del ingenioso sistema.

Tenemos sed, bebamos. Una mano toma la estrecha base de la ánfora, la otra agarra también con suma facilidad el cuello estrecho

que se opone al fondo. Y si el ánfora es excesivamente grande, allí están sabiamente dispuestas dos asas, fuertes como un par de celadores, que permiten el volteo y el transporte colectivo, solidario. El vocablo "ánfora" significa "llevado por dos". No es posible verter una sola gota de vino en la copa sin la intervención del hombre, de sus manos, su fuerza, habilidad, inteligencia y necesidades. El instrumento, la máquina, no se rebela nunca contra el hombre que la ha creado. Los antiguos griegos inventaron el mito de Pandora. El hombre moderno, aprendiz de brujo, toca la flauta o silbato del maquinista, la sirena de las fábricas. Y nos infunde miedo - ipánico! - la música del dios Pan, el humo grisáceo, el crepitar de la leña. ¿Quién lleva la locomotora? Por favor, detengan el universo, este artículo... Yo me bajo en la próxima.

